

CAPITULO CXVIII.

Continúa el manuscrito de Genaro.

Era yo muy jóven, cuando viajando por estos países, Edmundo, duque de la primera nobleza de Inglaterra, me vió y se prendó de mi belleza; por que segun dicen, Genaro. era yo entónces en extremo hermesa. Mis padres tenian una inmensa fortuna, y nuestra casa se consideraba como una de las mas fuertes que habia en esa época en los Estados Unidos. Como era natural, por la posecion social que mi fortuna me daba, mi educacion fué completa, y no solo aprendí cuanto debe poseer de ciencia y adorno una mujer, sino que, cuando tuve quince años, partí con mi

madre á hacer un largo viaje por Europa y Asia, para completar mi educacion y conocer el mundo. Cuando regresé á mi patria era ya una jóven de diez y nueve años, y me veia en extremo solicitada y pretendida; dotada de una alma grande y de una sensibilidad exquisita, y comprendia que aquellos perfumes que se quemaban ante mí eran tan solo los de la adulacion y el interés; conocia que no habia amor en el centro de aquellos corazones, y me negué abiertamente á recibir sus ofrendas. Sin embargo, ellos no desistían de su empresa, y tendian mil redes ante mi paso; pero sus esfuerzos fueron inútiles.

Llegó por fin el único hombre á quien pude amar con todo el corazon, este fué tu padre, Genaro, el Duque de H. ó Milord de X. como tú acostumbrabas nombrarle; apenas me vió, le impresioné y me amó con toda el alma; no tardó mucho en declararme su pasion, y yo que sentia ya por él una inmensa ternura, correspondí pronto á su amor fijando mi resolucion en ser su esposa, de una manera irrevocable. Tuvimos que sufrir mucho durante nuestras relaciones, por parte de mis pretendientes, que no podian ver con indiferencia mi decidida predileccion por el Duque, comprendiendo que pronto llegaria á ser su esposa. Por otra parte, Edmundo no podia permanecer siempre en los Estados Unidos,

y durante su ausencia sufría yo mucho, muchísimo.

En uno de sus viajes, que los hacia muy repetidos, fué presentado á mi familia, á la que simpatizó mucho, y al saber mis padres quién era, el amor que me tenía y sus pretensiones, consintieron gustosos en darle mi mano.

Una terrible desgracia vino á herirme en aquella época, marchitando mis ilusiones al nacer y sumergiéndome en la amargura y en el dolor.

Hubo entónces una peste en Nueva York, y con diferencia de muy pocos dias perdí á mis padres, quedando, huérfana sola y única heredera de su cuantiosa fortuna.

Edmundo estaba entónces lejos de mí, y abismada bajo el peso de mi desgracia me entregué por mucho tiempo á mi dolor y á mis lágrimas!

Cuando regresó Milord sintió vivamente la muerte de mis padres; los amaba con ternura, y su sentimiento y su llanto lo hizo aun mas querido á mi corazon; él se consagraba á consolarme, y su amor era el único lazo que me ligaba á y que prestaba atractivo á mi corazon.

Un dia tu padre me anunció que le era preciso regresar á Inglaterra y tal vez no volver á América. Esta noticia me hizo decidirme; yo amaba á Milord con toda el alma, separarme de él me era imposible; jóven, rica y libre, resolví

partir antes que él á Europa y establecerme en Lóndres, donde Edmundo se apresuraria á buscarme.

Pensarlo y hacerlo fué todo uno; busqué una persona apta que administrara mis bienes, y acompañada de Justo y una anciana que me servia de alla y me habia visto nacer, abandoné la América y me trasladé al viejo mundo.

Una vez en Lóndres, me apresuré á tomar un hermoso palacio para habitar y el lujo, con que me monté llamó desde luego la atencion siendo muy bien recibida en esa sociedad y en extremo solicitada y pretendida.

Poco despues llegó Edmundo y su primer cuidado fué declarar á sus padres que me amaba y que queria hacerme su esposa.

Los duques de H, no se opusieron á mi enlace con Milord, para asegurar sin duda mi considerable fortuna. Se procedió sin dilacion á la ejecucion del matrimonio, todo estaba preparado y pronto debia realizarse, cuando un dia recibí la familia de Milord un documento para mí terrible y origen de todas mis desdichas. Una mano enemiga me persiguió hasta Inglaterra, y al tocar ya los umbrales de la dicha, vino á destruir el edificio de mi felicidad.....aquel pliego arrojaba sobre mi frente un estigma de reprobacion; la sangre negra habia corrido por las ve-

nas de mis antepasados, y yo en la cuarta generacion debia aun sufrir el desprecio y la maldicion legada á era raza desgraciada!.....

Era pues cierto, circulaba mezclada la sangre por mis venas, y mi patrimonio era el llanto y la desolacion!.....

Tú comprenderás hijo mio cual fué mi desesperacion, cuando Edmundo, con los ojos cubiertos de lagrimas vino á mi casa á declararme lo ocurrido.

Desde que los padres de Milord leyeron el documento fatal, rompieron el contrato del matrimonio, jurando que jamas su hijo se uniria con una cuarterona, con una mujer de mi raza.

Edmundo se postro ante sus piés, suplicándoles desistiesen de tan funestas preocupaciones; no le dieron oído, indignándose con sus palabras.

Lo que hicieron fué mandar reconocer á Nueva York si no era falso lo que revelaba el documento y si estaba conforme á la genealogía de mi familia. En seguida me lo presentaron tambien á mí para ver si eran en efecto aquellos los nombres de mis padres y mis abuelos.

No pensé ni por un momento en negarlo, jamas me hubiera avergonzado del nombre de mis antepasados cubiertos todos con la mas grande honradez. Esta confesion fué el golpe de gracia

y desde aquel instante concluyó para mí toda esperanza, y con ella puede decirse que mi vida. En aquella época fué tanto mi quebranto, que me puse en el estado mas lamentable afectándose vivamente mi salud.

Milod, á pesar de la oposicion de sus padres, persistia en el deseo de hacerme esposa suya, y para comprometerlos mas á no oponerse ocultamente se juró mi esposo; yo inocente me dejé persuadir por sus razones y ciega por el amor, poco despues fuí madre.....y naciste tú, hijo mio.

Desde el momento mismo en que veniste al mundo, Edmundo te tomó en sus brazos, y llevándote al palacio de sus padres les dijo:

—Este es mi hijo y Matilde debe ser mi esposa, lo he jurado así á la mujer amada y quiero renovar este juramento al pié de los altares; así lo exige el honor de un caballero, la felicidad de este niño y la honra de esa jóven; ó me daís vuestro consentimiento, ó ya no escucharé mas vuestras observaciones.

Un grito de indignacion fué la respuesta con que contestaron á tu padre; en seguida el duque con acento solemne le dijo estas palabras:

—Escoje, Edmundo, si te unes con Matilde, no te reconozco por mi hijo, puesto que quieres legar á tu descendencia una madre de que ten-

drán que avergonzarse, y unir tu sangre á la de una raza maldecida; te quitaré el título que como primogénito te pertenece, quedarás desheredado de mi nombre y mi fortuna, y ya sin nombre eres dueño de hacer lo que te plazca; pero mientras seas mi hijo, el futuro duque de H., jamas serás el esposo de una jóven de color; no, no esperes nunca que pueda otorgarte mi permiso para que te unas con Matilde; y no es un capricho el que me guia, hijo mio, puesto que lo único que deseo es tu felicidad.

Al hablar así el Duque se fijó en Milord con una expresion indefinible.

¡Ay! tu podre no tuvo la fuerza necesaria para sostener esa mirada, y bajando los ojos humildemente, murmuró:

—Señor, dadme tan solo tres dias para traeros mi última resolución.

—Los tienes, contestó secamente el duque.

Entónces partió de la estancia de su padre, víctima de la mas funesta desesperacion.

Precisamente en los momentos en que el duque hablaba á Milord, la Duquesa vino á verme para suplicarme, con las lágrimas en los ojos, que desistiese de Edmundo y partiese de Inglaterra, porque mi presencia hacia la desgracia de su hijo y de toda una familia.

¡Ah Genaro! tú no puedes comprender cuán

fuerte fué para mí aquella entrevista; por una parte una madre llorosa y suplicante; y por la otra mi honor, y tú mismo, hijo mio.

¿Y bien que desidisteis madre mia? pregunté yo ansioso, mi madre continuó:

Sobreponiéndome á la inmensa compacion que me inspiraba la Duquesa le dije con dulzura: yo accederia á vuestras súplicas señora, si ellas al cumplirse no hicieran mas que una sola víctima, y que esta fuera yo misma; pero vuestra propuesta, no solo constituye mi deshonor, la cual, me seria imposible soportar, sino que sacrificando á Edmundo en su afecto mas delicado, lo va á hacer infeliz, además, yo tengo ya un hijo, á quien no puedo dejar sin nombre, porque algun maldeciria mi memoria.

—Y bien me dijo entónces con un tono áspero la Duquesa, puesto que mis plegarias no os conmueven, tendremos que usar de las amenazas, ó diré mas propiamente del rigor; preparaos bre víctima!

Levanté entónces mi frente orgullosa, al escuchar estas palabras, y viendo fijamente á la madre de tu pobre padre exclamé:

—Todo lo podreis contra una jóven impotente, que no cuenta con ningun apoyo en la tierra, pero la justicia Divina sabrá castigaros, en los mismos medios con que querrais atormentarme:

No me respondió la Duquesa, y partió sin dignarse al menos, decirme adios.

¡Ah pobre madre mia, murmuré yo indignado, cómo sufririais en esos momentos! mi madre repuso.

— Eso fué nada Genaro, en comparacion de todo lo que tuve que sufrir despues.

— Pocos momentos hacia que habia partido la Duquesa cuando Edmundo penetró en mi palacio, su semblante estaba pálido, y se leia en él la agitacion de su espíritu, al verme se postró a mis piés, y sus ardientes lágrimas empaparon mis manos que estrechaba fuertemente contra su corazon; yo en vano traté de levantarlo; ¿qué tienes? le pregunté con extrañeza, ¿por qué te postras á mis piés? ¿quieres acaso venir á darme tu postrer adios; y estás resuelto á abandonarme? ¿el amor que me tenias se ha extinguido en un momento de tu pecho, y ya no soy para tí la misma que ántes, sino que participas de los crueles sentimientos de tu familia?

— No Matilde, me respondió Edmundo conmovido, jamás dejaré de amarte, ni mi corazon podria abrigar nunca hácia á tí los mismos sentimientos que mi familia; pero escúchame amada mia, y se tú el juez en mi propia causa.

Entónces me refirió minuciosamente la conversacion tenida con su padre, y concluyó de esta manera.

— Mi amor es el mismo para tí matilde, y si me amas sin título..... sin herencia..... y pobre.... entónces seré el mas feliz de los mortales, aunque todo me falte; puesto que te tendré á tí, y contigo nuestro hijo querido nada ambicionaré ya sobre la tierra.

— Yo te tenia en mis brazos en aquellos momentos Genaro, y de mis brazos pasaste á los de Milord, miétras yo arrojándome á su cuello cubierta de lágrimas, le decia con ternura.

Si Edmundo, hoy que te veo pobre y sin título, desechado por mi causa de tu familia, te amas que nunca, y me lleno de satisfaccion, al pensar que pronto podré ser tu esposa, que ya no nos separaremos nunca, y que la primera palabra que enseñaré á pronunciar á este niño, será ¡padre, padre mio!

Nuestras lágrimas se confundieron en ese momento, en que en medio del infortunio nos sentiamos tan felices, ¡cosas extrañas de la tierra...! Cuando nuestra conmocion hubo cesado, nos pusimos á deliberar en lo que debiamos hacer, y convenimos juntos, en que Milord al tercero dia manifestaria á su padre, la fuerza de su resolucion.

Un dia despues se efectuaria nuestro matrimonio en uno de los templos católicos de Londres y en seguida partiriamos á mi patria, donde nos esperaban aún dias mas tranquilos y felices..

Dichosos con estos pensamientos nos despedimos risueños, quedando de volvernos á ver aquella misma noche.

Poco tiempo despues que Milord habia salido, se presentó ante mí Justo, y con un acento embargado por la emociion dijo:

—Señorita sin pérdida tiempo tenéis que partir.

—¿Partir, y por qué? No me es posible hacerlo ántes de tres dias.

—Preciso es que partamos ahora mismo murmuró; no podeis permanecer aquí ni aún esta misma noche.

—No te comprendo explícate; ¿añadí con extrañeza.

Entónces mi fiel servidor me dijo:

—Hace ya algunos dias, desde que se recibieron en esta ciudad las noticias de vuestro origen, ansioso siempre yo por conocer el modo de pensar del Duque y su esposa, me introduje en el servicio de la casa, donde tengo un íntimo amigo, para verlo y escucharlo todo; y despues de haber sido testigo de los sérios disgustos de esa familia, hoy he llegado á descubrir un terrible secreto que me horroriza, haciéndome temer seriamente por vuestra vida. El Duque conociendo el carácter de Milord, ha comprendido que todo lo perderia ántes que renunciar á unirse con vos, y

que no habiendo ningun medio para evitar este matrimonio, se debe apelar al crimen, único que á su manera de pensar puede impedirlo.

Cuando la noche esté en la mitad de su carrera, ocho hombres escalarán esta casa para plagiar al niño y á la madre.....

—¿Qué es lo que dices Justo? ¿Será posible que se efectuó tan infame atentado?

—No lo dudeis señora; los crímenes mayores se cometen muchas veces con más sangre fria que los de menor calidad.

—¿Robar á mi hijo!..... ¡Oh esto es horrible! apénas se puede concebir!

—No hay que perder tiempo, señorita, me dijo Justo, es forzoso que pronto abandonemos estos sitios pues de lo contrario si esta noche estuviérais aquí correriais un inmenso peligro. ¡Ah! yo os suplico que partais, porque vuestra vida es precisa para este tierno infante que no tendria ningun apoyo en el mundo fuera de su madre.

—Justo, creo en tus palabras y debo partir; pero ántes querria hablar con Milord.

—¡Ah señorita! debeis partir sin esperarle; si él supiese lo que pasa, quizás lo precipitariais á la desesperacion y al crimen; es más prudente esperar, le escribireis despues y volará á unirse con nosotros.

Tienes razon, no debo sacrificarlo; partamos